

Notas y Reflexiones

Desde que los hombres se ocupan de la técnica de lo que hacen, el arte de leer ha consistido en leer lentamente y en leer con la pluma o el lápiz en la mano. Lo primero, para saborear lo que se lee, para darse cuenta de los matices y para perseguir los colores, a veces tan fugitivos como los de un crepúsculo solar; lo segundo, para trazar lazos entre lo que se leyó y el recuerdo, que no siempre es tan espontáneo como se quisiera y que sólo acude, como en las Escrituras, cuando se le llama.

Pero hoy lo que más nos puede ocupar no es la técnica misma de ese arte de leer, que todos cual más cual menos, practicamos, sino una cuestión no muy remota de aquella. ¿Queda tiempo ya para leer con la calma gustosa que nos recomendará Faguet y con el ahínco que imaginamos en todos los grandes humanistas de que conserva memoria la humanidad? Las prensas nos lanzan presurosas montañas de libros que caen sobre nosotros con evidente intención de ahogarnos. Los diarios toman el lugar de los libros al ofrecernos ediciones de docenas de grandes páginas. Mil problemas encuentran comentadores que nos urgen con la presentación a veces hasta afiebrada, de soluciones impostergables. Y Pasamos por encima de este torrente, porque el tiempo no alcanza para abarcarlo ni siquiera en superficie y al modo del vistazo que da el ave viajera.

De Proust con sus volúmenes de apretada composición, desafío para los míopes, se ha dicho que es lectura para convalecientes, siempre que se convalezca de enfermedad que no haya dejado en el alma limos de los que los fantasmas proxustianos puedan hacer montgotes de pesadilla. Y como sin duda en esta edad febril, hay autores que no piensan en su público o hay público para todo, Tomás Mann envía a los convalecientes un libro como "La montaña mágica" que contiene solaz para más de una estación.

Lo que sobre todo hace difícil la lectura en ciertas edades de la vida es el gusto que cada día se pone más exigente. A medida que se avanza en la existencia, más claramente se comprende que no sobra tiempo para leer, y que por eso mismo debe leerse sólo lo mejor. ¡Si hubiésemos ido eso en la adolescencia! Nadie lee con plan, sobre todo en esta América que coge de todo y de todos los pueblos y edades, en una certidumbre que no tiene a menudo de grande sino la gloriosa confusión que produce.

Y entonces, cuando se medita en lo corto de los días y en las muchas tareas que aguardan, se vuelve a lo simple y a lo elemental que siempre encanta. Hay quienes encuentran estos placeres en relatos de vida aventurera, crímenes, naufragios, soledades de mar y desierto. Otros vuelven a tomar en su manos adultos los viejos y candorosos Evangelios, y los repasan con religiosa quietud, soberanamente atentos a toda palabra que cae de la boca de Dios.

(R. S. C.)